

Mariana Dimópulos

Cada despedida

la lengua / novela



Adrián Hidalgo editora

# MARIANA DIMÓPULOS

Cada despedida

## **Dimópulos, Mariana**

Cada despedida -1ª.  
ed. Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires: Adria-  
na Hidalgo editora,  
2014 (la lengua / nove-  
la)

**ISBN 978-987-1923-59-  
5**

1. Narrativa Argentina I.  
Título

**CDD A863**

la lengua / novela

**Editor:** Fabián Lebenglik

**Diseño de tapa:** Gabriela Di Giuseppe

1a edición en Argentina

© Mariana Dimópulos, 2010

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2014

[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-1923-59-5

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

*Para Ariel, el único lugar.*

Cuando me pongo a considerar las diversas agitaciones de los hombres, los peligros y los dolores a los que ellos se exponen, en la corte, en la guerra, donde nacen tantas querellas, pasiones, empresas osadas y a menudo nocivas, descubro que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo en una habitación.

*Pascal*

Es una y otra vez lo mismo, sin pudor y sin fatiga. No importa si a la mañana o a la noche. Si en invierno o en verano. Si la casa es cómoda, si alguien viene a recibirme. Llego, y quisiera quedarme, y me voy.

En las primeras épocas, cuando apenas nos conocíamos y nos saludábamos de lejos, y fingiendo indiferencia nos sentábamos en la misma mesa a tomar algún café, a Alexander le gustaba reírse de mis costumbres, y gastaba tardes enteras en burlarse, amablemente, de mí. Le parecía gracioso que me hubiera mudado tres veces de habitación en el poco tiempo que llevaba en Heidelberg, y cuatro veces de ciudad en lo que iba del año. Me veía, me decía, espléndida para tantos trajines. Alexander hablaba un castellano lento, como de terciopelo. Pero yo no era espléndida, ni lo había sido nunca.

Tampoco Julia, en nuestra casa de Berlín, si nos quedábamos hablando por la noche mientras escuchábamos respirar a Kolya en sus sueños infantiles, quería creerme que para ese momento yo había pasado por once trabajos sin contar el del bar donde nos habíamos conocido. “¿Fuiste panadera, ascensorista? Habiendo tan pocos ascensores en este país”, se burlaba ella a su turno.

Malgastábamos como dos amantes esas horas de intimidad que le robábamos a la cena, al libro o al televisor, porque ninguna quería cocinar si Kolya ya había comido y había ocasión de ir mordiéndolo, sin sentarnos, un pan o una fruta mientras ella me hablaba y me cuestionaba, y quizá limpiaba un poco la mesada, insistiendo, alegando que debía haber razones. Después de un minuto de silencio volvía a provocarme, y lograba finalmente que le soltase su frase preferida.

“Vamos a dormir”, concluía yo cada noche. “Odio la interioridad.”

Acordábamos no volver a malgastar así el tiempo, y acostarnos la próxima vez más temprano. “¿Panadera y qué más?”, me pinchaba con una risita, y yo le repetía la can-

ción de siempre: repositora de vasos, clasificadora de repostos, asistente de confitería, de verdulería, del desayuno, y en un susurro completaba de mala gana el resto de mi peregrinaje. “¿Eso es todo?”, se mofaba Julia. Hablábamos de sus pacientes, de males y enfermedades, hasta que nos dolían las rodillas y los pies. “Ya vas a cansarte de dar vueltas”, me decía. Pero eso era falso. No había que cansarse, había que llegar.

Y después de todos los viajes, los años perdidos y ganados y vueltos a perder, después de haber hundido y sacado mil veces la mano del caldo crudo, que al parecer nunca se cuece, de mi persona, cuando había encontrado al fin un hombre y lo había amado, me llamaron para que viera cómo acababa la historia: el living ensangrentado hasta las paredes, el desorden, el hacha echada. ¿Qué iba a decir yo? Me arranqué una lágrima y se la entregué, pero no la quisieron. Querían palabras graves y explicaciones. Les admití que lo había amado y que lo había conocido un año atrás. Que no lo había matado. Todo eso era verdadero.

Ahora es fácil decirlo: si no me hubiera ido, si no hubiera regresado. Cuando le dije a mi padre que me iba de viaje, con sólo veintitrés años, él ya había cumplido los setenta y había abdicado de muchas cosas, pero no de mí. Me respondió que no lo hiciera, que lo dejaba solo, que habría de arrepentirme. ¿No había querido yo ser bióloga, esposa, madre? Había querido, sí, era probable. Pero ya estaba viejísima a los veintitrés años. Y hacía demasiado tiempo que me creía incapaz de dormir en una cama, sentarme en una silla, y habitar una habitación.

“No hay problema”, me decía Alexander, sorbiendo su café de la taza blanca, “cuando levantes la maleta y veas que no tiene sentido, vuelves a apoyarla, la desarmas y acomodas la ropa en el armario. Después buscas un papel y apuntas todos los motivos para no marcharte. Los lees dos, tres, cuatro veces. Los aprendes de memoria. Y ya está. Ya no te has ido.” Pero llegado el momento yo nunca sabía cuáles podían ser las razones para quedarme en esa casa o en



aquella ciudad, si me dolía desde tanto la cabeza, o el estómago, y los ojos durante el insomnio de la noche, y los zapatos cuando el día.

¿Quería una razón para quedarme en Heidelberg? “Yo mismo, por ejemplo” decía Alexander.

Y al principio yo también lo creía posible, e imaginaba que él sería motivo suficiente, imaginaba una casa compartida, la complicidad bajo las sábanas cuando en acuerdo silencioso evitásemos el amor. Entonces Alemania se volvía un destino, y todo lo azaroso era pronto necesario. No me costaban esas imaginaciones. Y en secreto, en ellas, a veces me solazaba como un polizón, porque sabía que nunca serían verdad.

Lo cierto es que dejé a mi padre al cuidado de mis hermanos mayores, que alguna vez lo visitaban pero no muy seguido, no del todo ni cuando hacía falta. Pero ellos tenían familias y grandes obligaciones tras las que ampararse mientras que yo sólo podía decir, si quería evitarlo y si me preguntaban: no puedo, no puedo, me voy. Así fue que hice las valijas y con un dinero que alcanzaba pero no abundaba me compré un pasaje y, sin mediar más que veinticuatro horas, me tomé el avión en Ezeiza.

“¿Cuándo volvés?” “Pronto.”

La despedida no fue gran cosa; es bueno que los hombres no lloren. Más que triste, mi padre estaba enojado la última vez que lo vi. Después hice lo que los jóvenes en Madrid cuando llegan y son latinoamericanos y no han venido para alimentar a nadie al otro lado del océano: jugué durante un tiempo a la vida de los artistas, fumaba hachís, usaba un trapo en la cabeza y me preocupaba, al parecer, por el destino del mundo. En la primera casa que compartí había un uruguayo que tocaba la guitarra y se consumía de aburrimiento y melancolía. Porque éramos artistas, justamente, y alguien hacía grabaciones en una cámara, y el otro improvisaba sus quejas en la guitarra por simpatía, como queda dicho, con el probable devenir del mundo, pintamos las pare-

des de varios colores, colgamos amuletos y otras risibles menudencias, para ambientar la casa y filmar una película que llevaría a nuestro improvisado director de cine al estrellato de la subcorriente latina, que era alimentada, como los pájaros, con el alpiste de la compasión de sus contemporáneos europeos. Pero eso lo entendí más tarde. Por aquel entonces sólo me di cuenta de que, a los fines cinematográficos, mi habitación había sido pintada de un rojo oscuro y que al poco tiempo este hecho me pareció inadmisibile; la pared se me caía sobre los hombros, la ventana era demasiado rigurosa y diminuta, en su costado, cómo había ahí una ventana, me preguntaba, ¿cómo nunca nadie había podido vivir ante una ventana de ese calibre? Los días empezaban a alargarse terriblemente en casa. La cocina siempre había sido un cuartucho que ninguno limpiaba más que por encima, con trapito rancio, como a la mala conciencia. Pero de pronto, ese estante se volvía inconcebible. ¿Y el baño? ¿Y los sillones del comedor? El estante de la cocina era un grueso tajo en la pared. No haberme ligado sentimentalmente a ninguno de mis dos compañeros había sido una conclusión acertada. Decidí hacer lo único que sabía.

Mi libertad es siempre la esclavitud de otro. Entonces, pregunta mi corazón, que no es bueno, si yo me hago esclava, ¿habrá otro que será libre?

Esa tarde del interrogatorio me vi enfrentada a un hombre gordo y de pelo cortado a cepillo, que al hablar de asuntos de sangre no sabía dónde poner las manos. Se había levantado viento y los altos techos de la casa de Madame Cupin parecían llenos de fantasmas.

“¿Usted los conocía hace cuánto?”

“Desde el año pasado. Llegué en noviembre.” “¿Y vive acá en la granja desde ese tiempo?”

Así era. Me resultaban todas preguntas innecesarias.

Si les sabía algún enemigo, si había escuchado alguna amenaza, si presenciado alguna discusión. Llegó otro, que pidió permiso para servirse agua de la heladera porque todavía

hacía el calor del día aunque estaba atardeciendo. De un momento a otro, me pareció incorrecto estar sentada en una silla del comedor de Madame Cupin; me levanté y elegí una butaca de la cocina, que arrastré ruidosamente, bajo la vista de los oficiales. Y la noche anterior, ¿qué había pasado?

“Él me recomendó que durmiera en El Bolsón.” “¿Por qué motivo?” “Por los insectos.”

Qué insectos eran esos pudimos comprobarlo muy poco después, esa misma noche, aunque no sé si eso sirvió para que me creyeran. De la lámpara caían unos color caramelo que se perdían muy despacio hacia el borde de la mesa, y después seguían su curso hacia la alfombra oriental que cubría el suelo. Algunos eran simples termitas, otros conservaban unas largas alas translúcidas.

¿Si no me parecía sospechoso que él me hubiese mandado a dormir afuera, justamente esa noche, sólo por unos bichos? No, era una horrible coincidencia lo que había sucedido. ¿Ellos debían creerme?, me preguntaron. ¿Estaba yo segura de no haberme ido por propia voluntad? ¿O en connivencia con algún otro? Por designio de nadie más que de Marco había bajado la noche anterior al pueblo, y los había dejado solos, a él y a su madre, en la granja Del Monje sobre la ladera de la montaña, para encontrarlos al día siguiente en mi casa, la puerta abierta, el brazo de él ensangrentado. Había corrido a buscar ayuda. ¿Qué más querían de mí? Volví a verter mis lágrimas, dulces y saladas. El hacha era de Marco. Me la trajeron y la reconocí.

En Málaga me hacía llamar Luisa, y en Barcelona Lola.

Vivía en Heidelberg desde el otoño. Ya había cumplido con los requisitos que se imponían a los reciénllegados a la ciudad. Era estudiante, tenía habitación, seguro médico, tarjeta de residencia. Estaba sellada y aprobada. En la agencia de trabajo de la universidad leí el anuncio de la panadería al pie del castillo. Hablar por teléfono me hubiera resultado imposible, así que con el nombre de referencia en un bolsi-

llo de la campera y alguna que otra mentira preparada me presenté esa misma tarde. La dueña, casada con el panadero, usaba el pelo corto y los labios pintados oscuros. Me recibió con el hijo en brazos y me hizo pasar al salón de la confitería, donde nos sentamos y donde acepté algo de tomar, pero no más que agua. Haciendo grandes esfuerzos entablamos una suerte de conversación. Acostumbraba a trabajar con extranjeros siempre que fueran estudiantes y entendiesen la puntualidad, se apresuró a explicarme; el trabajo era sencillo, ¿qué dificultad podría haber en envolver el pan y extenderlo al otro lado, aceptar, devolver billetes? Pero todo debía hacerse expeditivamente, sin dudar un instante. ¿Estaba yo de acuerdo? Lo estaba. Al día siguiente a las seis de la mañana en la panadería, cuando todavía era de noche, me fui apuntando en mi jeringozo, dibujado tortuosamente en una hoja suelta, los nombres de los panes y las facturas alemanas que ella me dictaba y señalaba en cada compartimiento detrás del mostrador. Buenos días, buenos días. Entraba un hombre. Dos panes. ¿Dos qué? Dos panes, pedían. Qué otra cosa.

Y desde atrás, aparecía de vez en cuando el ayudante del panadero con las bandejas recién salidas del horno, y era difícil no quemarse al repartirlas en los canastos o evitar, con la gente esperando al otro lado, bajo la mirada a medias compasiva, a medias inquisidora de la dueña, que se nos cayese de las manos alguna pieza preciosa, rodando lejos de nuestros pies. Ella había estudiado en la universidad, había querido ser odontóloga, le gustaban los dientes y hasta un poco la sangre, me había dicho la dueña, mientras yo braceaba como podía en el barro de la conversación y ella acomodaba las tortas en la heladera. Las recibía de manos del pastelero, que no era gordo, extrañamente, pero sí afable.

¿Su esposo el panadero? Su esposo estaba "atrás". La mañana pasaba como un torbellino de esos recurrentes, que anuncian lluvia que nunca llega.

Más tarde sería lo mismo, y al otro día, la gente entrando a la panadería, con uno u otro paso, a espetarme su acertijo más o menos ingenioso: tres medialunas, un frasco de mermelada. ¿Un frasco? ¿Qué remotamente en la tierra podía ser un frasco? Cuando se iban –pocas las veces, porque parecían sólo entrar– yo usaba el rato para recomponerme de la batalla de la lengua, decirme alguna palabra de aliento, repetir el vocabulario que había aprendido, si es que había aprendido, y recordar a mi padre, aunque sin querer recordarlo. Él siempre me había tratado como a una cierta partícula del universo. Ahora, en el sistema planetario que era Heidelberg todos cumplían su elipse, brillando en una perezosa rotación; pero yo no era más que una última estrella, apenas espejo de las luces de otros. Pensaba también en doña Carmen, que se había quejado tanto conmigo, insistiendo con eso de “niña, habla despacio, ¡qué acento tienes!”, mientras lavábamos de a cuatro manos el patio del hotel de La Mancha, y ahora me preguntaba, si doña Carmen había tenido esas quejas con mi acento, qué dirían de mis arduos vocablos estos nuevos demás.

Sólo comprobamos estados, repetía siempre mi padre. ¿Y las piedras? Las piedras precámbricas lo mismo que el ala de una mosca. Tenía aquella suficiencia del médico y del naturalista, tan propia, que no compartía con nadie. El equilibrio de la piedra se deshace en bariones igual que la mosca del día. Sólo está detenida en su forma por más tiempo, etcétera, etcétera. Cuando me fui de Buenos Aires con veintitrés, hacía años que me había cansado de escucharlo, aunque lo quería bíblicamente, y también hasta otro poco.

Tenía sobre los hombros apenas un mes de extranjería. Después de la convivencia con los artistas pasé sola una semana en un cuarto del centro de Madrid, en un primer piso, sin extrañar de ninguna manera ni a mis viejos compañeros ni a la habitación roja que había dejado atrás. Era un primer piso antiguo, adonde subían constantes y desde la calle la música, los gritos y otras opiniones de los que comían en el

bar de tapas de la planta baja. Aunque me lo propuse más de una vez, jamás me fue posible arrancarme de la cama, embutirme en los pantalones y echarme una bebida al estómago mirándolos al pecho o a los ojos. Me quedaba tirada escuchando sus conversaciones repetitivas. Se decían la idiotéz y la alegría una vez y otra. Un humo rancio se iba colando hacia mi cuarto. La noche duraba mil noches. Pronto hubo suficientes motivos para lo que yo no necesitaba ninguno; a la semana de haberme mudado, volví a recoger mis cosas, que eran flacas, y me fui a la estación. Me habían hablado del pueblo de Almagro, que era muy bonito Almagro, ya me habían dicho, y aunque no sabía si quería ver algo bonito, ni bello, ni precioso, me tomé un micro y a las pocas horas, ahí estaba.

“¿Turista?”

Me preguntaron. Yo no sé si la ocasión hace a la mentira; pero ya lo tengo dicho, mi corazón no es

bueno. Respondí que así era y me convertí en turista por un tiempo que me supo a demasiado. Cumplí con mis obligaciones, visité lugares, me maravillé. La plaza, el teatro antiguo, la gente quieta detrás de los portales. Había que ir hasta España para figurarse los portales. Aquel zoológico de civiles, el escenario seco del pueblo, todo eso pronto se volvió lo que quizá fuera, y ya no me maravilló más. Se había acabado el turismo, otra aberración centenaria. Elegí un hotel, con patio y aljibe, y conocí a doña Carmen. A ella también le mentí, ¿qué más podía hacer? Y ni siquiera era el olvido lo que buscaba, ni desandar un pasado atroz, ni abandonar a alguien ni destruirme; es que ya era lo bastante adulta, y aunque lo había intentado en Buenos Aires tantas veces, no conseguía habituarme a mi propia mezquindad. Las primeras semanas me alojó en una de las últimas habitaciones, por pedido mío; no hice más que leer y mirar televisión. Cuando doña Carmen salía a baldear el patio, la estudiaba desde mi ventana, especialmente los brazos y la cintura, el vestido previsiblemente floreado, los zapatos de tacones. Era una mujer hermosa a su manera. Acometía los

quehaceres con tremenda energía y no quería nada de nadie más que de sus dos hijos, que vivían lejos, y ni siquiera un hombre, según lo que pude descifrar de sus comentarios cuando de tarde, por el calor, se echaba con las mejillas ardiendo en el sofá de la entrada. A mí, me decía, nada, niña, un trozo de pan, una lonja de jamón y una cerveza fría. Era pulcra, ordenada, sabía sudar. Una vez salí al patio y me puse a ayudarla con la limpieza, y a pesar de la discusión en que nos trabamos, al final me lo permitió. En la fiambrería cerca del teatro escuché que doña Carmen había sido puta en otro tiempo; el hombre no lo decía desaprobatorio, hasta podía haber sido un cliente, a no ser que doña Carmen hubiese ejercido el oficio en algún otro rincón de España.

Que doña Carmen haya sido puta, en Almagro o en otro pueblo, es falso.

En el café de la universidad de Heidelberg, sentados frente a la plaza, Alexander me preguntaba por qué, si en verdad era bióloga, había trabajado como vendedora en la panadería al pie del castillo y después como repositora de Ikea, y por qué estaba empleada por entonces como clasificadora de repuestos para autos en la fábrica de ABB. ¡Viajar esos cuarenta kilómetros en micro todos los días! Me decía que él podía hacer que diese clases de español, que consiguiese quizás una beca, y hasta que entrase como asistente en el laboratorio de ensayos químicos del campus. Él decía, y hasta me acariciaba una rodilla por debajo de la mesa sin mirarme, como por pura casualidad.

¿En qué creo después de todo esto? Creo en Alexander, en Kolya, en Julia. En un guerrero turco. Y en él, por supuesto. En que me fui con veintitrés y volví diez años más tarde para enamorarme al fin de un hombre; esos años peregrinados, consecuentes, en que no había que permanecer de ninguna forma, esos años que pasé complotada, a pesar mío, con el hábito y el día pero siempre, bajo el brazo, en la manga sucia quizá, la carta lista, el ticket, el pasaje a otro lado. Y uno llega para quedarse. Y ni siquiera entonces uno